

Algunos aspectos de la Independencia y la organización de nuestro país (1806-1852)

por Dr. Juan José Cresto*



Desembarco británico en 1806



Plaza Mayor, antigua Recova

La historia argentina es rica en acontecimientos que nos brindan enseñanzas, pero también nos permiten evaluar la vida de ayer, lo ocurrido en tiempos que ningún lector de nuestros días estaba presente. Se ha discutido si hay un “espíritu de época”, una especie de forma de existencia que distingue a un momento determinado de cualquier otro. Ello, sin duda, es cierto.

Así, pues, la historia es el estudio del paso del hombre en un lugar dado y en un tiempo dado, mediante testimonios, documentos, objetos, informaciones, etcétera, transmitidos por los más diversos medios que, en suma, nos permite conocer y comprender sus acontecimientos.

Los orígenes de la historia argentina

La historia de una nación siempre tiene orígenes desconocidos si pretendemos bucear en el pasado remoto. Es habitual, por eso, iniciar el estudio de nuestra historia con la revolución de 1810, pero nosotros hemos sostenido reiteradamente que nuestra fecha liminar se lleva a cabo en la Plaza Mayor de la ciudad de Buenos Aires¹ con la rendición de las tropas inglesas del general Guillermo Carr Beresford y en el acto multitudinario posterior llevado a cabo en el Cabildo de dicha ciudad el 14 de agosto de ese año, en cuya oportunidad se expulsó a un virrey que debía su nombramiento al Rey legítimo, por su conducta desempeñada y se nombró a quien había salvado la ciudad, el capitán de navío Santiago de Liniers y Bremond. Era la primera rebelión institucional exitosa que originaba un gobierno propio aunque en nombre del rey de España.

Debe comprenderse que el gobierno quedó en manos criollas por primera vez, y ese solo hecho es un planteo político hasta ese entonces desconocido, porque el criollo no tenía acceso a los cargos públicos de importancia, salvo excepciones puntuales². El 14 de agosto de 1806 es una de las fechas más importantes de nuestra historia nacional; en nuestras opiniones, más trascendentes que el 25 de mayo de 1810. En esas dramáticas circunstancias, con la flota inglesa anclada en las aguas del Río de la Plata, a la vista del público, con el pequeño pero aguerrido ejército inglés, aunque mermado por los muertos y los heridos, ahora prisioneros de las fuerzas españolas, se registra la fecha de nacimiento de nuestro país. Un grupo de criollos se hizo cargo del gobierno municipal y juró fidelidad al supuesto Rey, el príncipe Fernando, hijo de Carlos IV y prisionero francés en el castillo de Chambord. Es la fecha primera o liminar.

¹Buenos Aires, como nombre de ciudad, es el resultado de la costumbre. El fundador de ella, capitán general Juan de Garay, la llamó, de acuerdo al acta fundacional “Ciudad de la Trinidad”, aunque el acta tiene un error porque dice “Trenidad”. Fue, por la costumbre reiterada, Puerto del Buen Ayre, nombre que, efectivamente, le había dado don Pedro de Mendoza en febrero de 1536, la que había sido despoblada y destruida en 1541.

² El general () Vértiz y Salcedo, último gobernador de la colonia de Buenos Aires, y segundo virrey del Río de la Plata, era mexicano y sucedió al mariscal don Pedro de Cevallos.

* JUAN JOSÉ CRESTO es argentino, profesor y doctor en Historia por Buenos Aires y Madrid; profesor de la Universidad de Buenos Aires, ingresado por concurso público, autor de unos sesenta trabajos de investigación histórica que incluyen alrededor de veinte libros. Fue condecorado por Honduras, Francia y Perú, entre otros países. Preside e integra numerosas instituciones culturales: la Academia Argentina de la Historia, la Junta de Estudios Históricos de San Nicolás, el Instituto Cultural Argentino Peruano y el Instituto Nacional de Historia Militar.



La Junta de Sevilla dio a los oficiales de color que se distinguieron en la defensa una medalla de oro y plata. En el anverso está grabado el busto del Rey con la leyenda "Fernando VII Rey de España y de Las Indias. 1808"



Congreso de Tucumán

Cuando el pueblo de Buenos Aires invadió la sala consistorial del Cabildo, interrumpió las deliberaciones, exigió la renuncia de Sobremonte, un buen funcionario en días de paz, pero incapacitado para enfrentar las situaciones políticas en el curso de una invasión externa, lo llevó a ser el único virrey de América, es decir "el representante de la persona del Rey", expulsado por decisión de las fuerzas populares. Era un acontecimiento único, de importancia excepcional, porque en la teoría, los vecinos habían expulsado a la misma persona del Rey.

Pero esta situación se robusteció en la llamada erróneamente "segunda invasión inglesa". Decimos erróneamente porque no hubo dos invasiones sino una sola que tuvo varias etapas que la incluyen: desembarco y ataque a Buenos Aires, asedio del Río de la Plata, invasión a Maldonado, ataque y toma de la ciudad amurallada de Montevideo, e invasión y segundo ataque a Buenos Aires, con un ejército que era seis veces mayor en el número e importancia que el primero³.

Estos dramáticos acontecimientos concluyeron con un hecho político trascendente: la definitiva expulsión del virrey que había sido nombrado por las autoridades regulares de España y la entronización de otro –el capitán de navío Liniers– por la simple voluntad ciudadana. La historia ya no sería la misma. Todo había cambiado. Había muchos vecinos muertos, muchos heridos, muchos esclavos habían muerto al lado de sus amos, y otros fueron liberados; mucha sangre había corrido por las calles de la ciudad. El futuro habría de ser diferente después de estos acontecimientos. Allí nació la Patria.

En cambio, la fecha indiscutiblemente más importante de nuestro país es el 9 de julio de 1816, porque en la pequeña ciudad de Tucumán –apenas un caserío–, se juró la Independencia "de los pueblos" del virreinato cuyos diputados estaban presionados desde lejos por el gobernador de Cuyo, el general San Martín.

Llegaron los profundos odios suscitados por posiciones políticas y, sobre todo, económicas, dispares, opuestas y antagónicas. Había salido de su encierro secular la opinión pública y ya no se la podría acallar. El Rey sí, el Rey no. Había una mayoría manifiesta a favor del monarca y las pocas oposiciones que podían manifestarse lo hacían en defensa de intereses económicos generales, de libertad de ideas, de temas puntuales. No existía un sentimiento contrario a la Corona como tal, porque el Rey, más que un gobierno, simbolizaba a la nación, al país. Esa nación era España, no el Río de la Plata, no América. Por eso se lo llama al joven príncipe prisionero de Napoleón en el castillo de Chambord, "el Deseado". Era un sentimiento generalizado, sin oposiciones. Fernando, a quien no se lo conocía ni se sabía cómo pensaba, y ni si pensaba, era lo nuevo, lo desconocido, contra la penosa época del reinado de Carlos IV, su padre, cuya esposa, María Luisa de Parma, tenía una escandalosa conducta cortesana, con total ignorancia de su marido, pero con información generalizada y detallada en toda la población española. La ausencia de poder en España se sintió bien pronto en sus colonias de Indias, hoy América.

Las desavenencias con España

La conducta de Liniers fue irreprochable, pero debió sortear el enfrentamiento de los comerciantes de mayor fortuna, unidos en una verdadera loggia abierta, cual fue la Casa de Contratación. El poder del dinero, la influencia de estos mercaderes en la Corte, que de Madrid se había instalado en Sevilla y después en la isla de León, terminó por minar las fuerzas morales de la nación.

Por lo tanto, las fuerzas oscuras lograron hacer caer a Liniers de su cargo y nombrar en su lugar a un funcionario que no tenía ningún interés ni deseo en venir a estos remotos parajes. Así, el capitán de navío Baltasar Hidalgo de Cisneros fue arrancado contra su manifiesta voluntad⁴ de su Valencia, donde residía y tenía a su cargo la defensa frente a las tropas francesas, y trasladado con su numerosa familia a una ciudad lejana, casi en las antípodas, la Trinidad y Puerto del Buen Ayre, para conducir los destinos

³Expresar que hubo dos invasiones implicaría el abandono de los invasores de la primera de ellas, lo cual no ocurrió. Se confunde con los dos efectivos desembarcos ingleses en las costas de Buenos Aires.

⁴Su correspondencia así lo demuestra. Se negó reiteradamente a aceptar el destino militar de "Virrey del Río de la Plata" hasta que debió aceptarlo por subordinación militar.



Primera Junta

Cruce de los Andes

del último virreinato español creado por Carlos III, a instancias de otro pundonoroso y valioso hombre de armas, el capitán general don Pedro de Cevallos.

El capitán Hidalgo se hizo cargo del poder cuando España caía. Tuvo, pues, mal destino, mala suerte, mala fortuna. Debió reemplazar al funcionario más popular de la Corona,⁵ lo que era un inconveniente para su propia gestión. No hay reproches concretos contra este funcionario que, tras haber sido reemplazado por la Primera Junta de Gobierno criolla, ha recibido injustamente el estigma de los réprobos. Los historiadores lo han menospreciado aunque nadie puede objetar su conducta con mayor encono que cualquier otro sin justificación, lo cual nos indica cuán adherida está la calificación del poder político de los protagonistas de la historia a los propios objetivos de las sociedad y de los historiadores, menospreciando a menudo la información objetiva de los documentos.

La llamada Revolución de Mayo no es más que un cambio de personas. Sin embargo, lentamente, pero con creciente aceleración, se fueron produciendo cambios manifiestos y públicos que concluyeron por hacer la verdadera revolución esperada.

Organización apresurada de campos militares, entusiasmos, largas distancias, sacrificadas marchas, duros contratiempos, escasos medios materiales y una firme vocación libertaria, superior a todas las contingencias es el sentido general de los primeros pasos políticos.

La política de la Primera Junta debía chocar necesariamente contra la autoridad española que se hallaba en retirada en Europa y en dudosa estabilidad en América, porque aducían sus funcionarios haber sido designados por el monarca, pero este no podía convalidarlo porque permanecía preso en Francia y su misma autoridad estaba cuestionada.

La nueva Junta que gobernaba se vio obligada a tomar medidas militares violentas, algunas de ellas innecesarias. Se ha cuestionado el fusilamiento de Liniers y de sus amigos, en la provincia de Córdoba, como crímenes y de efectos políticos opuestos a lo cual, en general, se procuraba. En cambio, era evidente que la oposición del general Goyeneche en el Norte, funcionario de mala reputación moral, que la historia ha condenado, requería una fuerza militar opositora. Como consecuencia la guerra se desató en todos los frentes, muchos de ellos alejados entre sí por distancias que harían palidecer a las naciones de la vieja Europa. La joven revolución buscaba un camino apto para formar gobierno y organizarse. Lamentablemente esa búsqueda le llevó cuarenta y tres años hasta la sanción de la Constitución Nacional en 1853 y en ese lapso se produjeron numerosos enfrentamientos armados en todos los campos de la nación con el objeto de lograr consenso político.

Las guerras por la independencia política se iniciaron el 22 de mayo de 1810 y concluyeron el 8 de diciembre de 1824 en los campos de Ayacucho, en las estribaciones andinas de ¡Perú! Nuestros ancestros cabalgaron o marcharon distancias estremecedoras, lo cual honró y honrará siempre a nuestra historia, cuya sola mención nos enorgullece. Muchos partieron de Buenos Aires o de otras ciudades argentinas, llegaron hasta el Alto Perú, atravesaron la Puna de Atacama, retornaron a Buenos Aires, partieron a Mendoza, cruzaron las montañas "mas altas del globo" según el parte del general San Martín, atravesaron el océano Pacífico, treparon las cumbres andinas de Perú, llegaron hasta los valles de Ecuador, batallando sin cesar, y en algún lugar de nuestra América dejaron para siempre la envoltura física de sus vidas, hoy olvidadas en tumbas anónimas o desconocidas, que las nuevas generaciones, beneficiarias de su herencia, ignoran o, peor aún, menosprecian.

Los avatares políticos y económicos

Libre de ataduras reales, que significaban orden y previsibilidad, después de la ruptura con España, se ensayaron toda clase de formas de gobierno, esa difícil tesis de ordenamiento de las sociedades para permitir la convivencia civilizada y poder lanzarse hacia metas de progreso. A la situación imprevista se

⁵Liniers era muy popular. Su propio carácter ajeno a las formalidades, sus numerosos hijos, algunos de ellos pequeños, su viudez y sus habituales galanterías y, finalmente su sencilla humanidad, opuesta a la pompa de su cargo, así como su permanente contacto con las gentes, hizo del fuerte, que era su obligada residencia, un lugar de habitual visita de cualquier vecino, para escándalo de la pacata sociedad española vinculada al alto comercio. Todo ello hizo de él un vecino apreciado y sinceramente querido por el pueblo. Probablemente fue el funcionario real tan popular como Hernández, a principios del siglo xvi.



Batalla de Cepeda



Tte Gral. Julio A. Roca

agregaban algunos inconvenientes propios: las largas distancias, la vida casi autónoma de regiones que habían vivido una existencia propia y diferente, la geografía argentina que tiende, como única salida posible, al Río de la Plata, lo que obliga a una diferente concentración demográfica entre regiones, y que en los días actuales ha incrementado su distorsión de manera socialmente preocupante.

La Primera Junta de Gobierno tuvo vida efímera por sus disidencias internas y por la naturaleza de gobierno compartido por varios responsables de manera simultánea. Justificados celos personales, conflictos regionales, estrechez por la ausencia de provisión de bienes básicos, antes provistos por España, interrupción del comercio, carencia de metálico, disensiones políticas sobre la organización de la nueva nación, resultado de una ausencia de prácticas en el manejo de la cosa pública, y, finalmente, ambiciones personales, ínsitas en el ser humano e integrantes de la personalidad de cada uno; en fin, una larga lista de acontecimientos cambiaron la vida de las Provincias Unidas. Era una verdadera revolución en el más profundo e íntimo sentido.

Llegaron bien pronto las luchas por el poder y la forma de organizarlo: la Primera Junta dio paso a la Junta Grande y cuando se comprendió que un Poder Ejecutivo no puede ser deliberativo, se la redujo a un solo Director Supremo. Cuando cayó el poder central, después de la batalla de Cepeda, el 20 de febrero de 1820, el poder quedó acéfalo, y cada región, cada ciudad, cada provincia, cada zona, creía tener derecho a formalizar un gobierno propio. De estas aspiraciones –personales o colectivas– nacen las provincias argentinas. El único intento de gobierno unificado fue el de Rivadavia, en 1826, porque el país había entrado en guerra con el poderoso Imperio del Brasil.

¿Cómo hacer la guerra? Se había pedido un empréstito externo de un millón de libras, a la firma inglesa de banca de los hermanos Baring, que se logró en condiciones bastante afortunadas para el prestamista, lo que ha sido bastante criticado por una historiografía miope. Ciertamente, las condiciones no fueron liberales, pero ¿quién lo hubiera concedido de manera mejor? Hubo tres intermediarios, conocidos beneficiarios, y tal vez otros que no trascendieron pero es de preguntar ¿quién le presta a un insolvente? Las Provincias Unidas, que habían creado una moneda en 1822, no eran fiables. Su economía se basaba en la exportación de cueros vacunos crudos, sin trabajo adicional, es decir, era materia prima básica porque se vivía del ganado que pacía en nuestros campos sin alambrados y sin cultivos. Por otra parte, la cifra prestada era ciertamente muy elevada para una nación que balbuceaba sus primeras palabras y daba sus primeros pasos, endeudada por las guerras de la independencia.

Contra lo que suele creerse, gracias a ese crédito hubo dinero suficiente para comprar en Londres el armamento que se usó luego en la Guerra del Brasil. La República del Uruguay le debe su nacimiento a ese empréstito, a la vez que al esfuerzo de sus hijos y del Ejército Argentino, pero, salvo raras excepciones, no hay una corriente de historia económica que lo señale porque aquella operación lo merece. Sin duda de que se trata de una acción indirecta, pero sin ella los resultados habrían sido penosos.

El empréstito fue después una carga financiera sobre la espalda de la joven nación. Se dejaron de pagar los servicios y los intereses de la deuda y debió refinanciarse en varias oportunidades, cuyos detalles son ajenos a este trabajo. La última cuota se abonó en el curso de la segunda presidencia de Roca, cuando la Argentina se ufana de honrar todas sus deudas y tenía concedida la calificación de crédito ¡ilimitada! Sin embargo, una historiografía tan errónea como ignorante ha considerado que aquellas épocas de notable crecimiento ¡fueron adversas para el país!

Por estas razones fue, después, muy difícil organizar un gobierno central que tuviera consenso generalizado. La villa de Buenos Aires, recostada sobre el cenagoso Río de la Plata, carente de puerto, cuyo embarque y desembarque era un grave problema económico fue solucionado con la construcción de Puerto Madero (1886-1898), cuando la gran mayoría de los valerosos y sacrificados miembros de la Generación de la Independencia ya reposaban el sueño eterno.

Las guerras civiles



Grl José María Paz

Pacto Federal

Al término de la guerra con el Brasil, nuestro país podía haber iniciado un largo y contractivo periodo de paz y desarrollo, como lo estaban haciendo en esos mismos días las excolonias inglesas de América del Norte. Pero en su lugar se iniciaron las guerras civiles –las peores, decía Tito Livio–, el derramamiento de sangre entre hermanos.

Había en esos días un enfrentamiento entre los partidos Federal y Unitario, de ideologías todavía imprecisas, pero que, de cualquier modo, se enfrentaban con algunos argumentos más o menos consistentes al que adherían diferentes sectores de la sociedad argentina, y terminaron de manera irreconciliable. Las propuestas políticas se fueron diluyendo más tarde con la sanción de la Constitución Nacional que adoptó el sistema federal, al que adscribían las provincias del interior, que en esos días lideraba el gobernador de Entre Ríos. La Constitución Nacional recogió sabiamente ambas ideas, dando mayor peso al federalismo por así convenirle como forma de gobierno a una nación muy extensa y despoblada, pero conservando para el Poder Ejecutivo Nacional suficiente poder para gobernar sin impedimentos innecesarios.

Las diferencias entre ambos partidos se basaban en la defensa del gobierno propio a que aspiraba cada provincia, por un lado, y a la cohesión nacional que sostenía el partido Unitario. No se puede afirmar a ciencia cierta cuál de ambos era mayoritario porque padecieron cambios cuantitativos de acuerdo a las condiciones políticas. Cuando el general Paz regresa del Brasil con una parte del Ejército, subleva a la provincia de Córdoba, vence a su gobernador el general Bustos y, luego, cuando es atacado por el caudillo riojano Juan Facundo Quiroga lo vence a este en dos oportunidades. El general Paz queda dueño de la situación política en el interior del país. En aquellas circunstancias puede presumirse que había una mayoría de adherentes unitarios en el interior. Sin embargo, nada prueba que así lo fuera desde el punto de vista de la consideración mayoritaria de la población.

Otro tanto ocurre en Buenos Aires, pero de manera más dramática. El general Lavalle, otro de los jefes del Ejército Argentino en la Guerra del Brasil, a su regreso, intentó tomar el poder en su provincia natal. Pero Lavalle no era Paz, aunque su figura tal vez era más atractiva, porque era personalmente más arriesgado, con una dosis de aventurerismo casi romántico, aunque sin las condiciones profesionales de su socio político, terminó en un gran fracaso.

Tuvo tropiezos militares y terminó firmando un acuerdo con Rosas, de quien era pariente lejano, por lo que se retiró provisoriamente de la escena pública. Rosas, a su vez, estanciero de la provincia de Buenos Aires, consolidó su poder, fue repuesto en el gobierno y comenzó una lucha sin límites contra el general Paz. Firmó con sus colegas de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes el “Pacto Federal”, el 4 de enero de 1831, cuya propia designación expresaba su ideología, en contra de la “Liga Unitaria” del general Paz, que incorporó a las provincias del interior.

La nación estaba peligrosamente dividida en dos regiones y en dos ideologías de gobierno. Había unitarios y federales en todas las provincias, pero un acontecimiento fortuito llevó a la prisión al general Paz de manera inesperada y bien pronto las provincias del interior, carentes de su dirección, de su personalidad y de su genio, se redujeron y dispersaron. Lamadrid, transitoriamente a cargo del Ejército, no tenía las condiciones intelectuales de Paz.

Bien pronto, Facundo Quiroga, el derrotado en la Tablada y Oncativo por el genio de Paz, retornó a su provincia y su influencia se hizo notar en toda la zona andina.

Cada provincia organizó su gobierno, se sancionaron constituciones y documentos similares, pero nada había cambiado porque todos se hicieron tributarios de Buenos Aires, esperando el día que una ley les permitiera usufructuar una participación de la Aduana de Buenos Aires, que era la única fuente rentística de importancia. Así, pues, todas las ciencias de gobierno consistían en recibir una porción



Juan Manuel de Rosas



Grl Justo José de Urquiza

del precio del cuero crudo y otro tanto de los productos importados. Se aplicaban también otros impuestos de carácter municipal y, también, provincial, pero de montos muy limitados.

Las ideas libertarias

La larga dictadura de Rosas –1835-1852– coincidió con el notable crecimiento de las naciones europeas y de los Estados Unidos. En ese periodo hubo dificultades políticas internas e internacionales porque no hubo crecimiento económico. Se seguía exportando la misma producción, a veces con precios unitarios disminuidos. Los disidentes, acallados políticamente, se fueron yendo del país paulatinamente, sin pausa, a veces corriendo graves riesgos, de tal modo que numerosos argentinos emigrados residían en los países vecinos –Chile, Bolivia, Brasil, Uruguay– y también en Europa. Ejércitos argentinos al mando del general Oribe –expresidente uruguayo– asediaban Montevideo conjuntamente con tropas orientales, y así permanecieron durante años. El general Paz fue el autor de las defensas de la ciudad amurallada que resistió durante mucho tiempo un asedio implacable⁶.

Parte de la juventud universitaria emigró de Buenos Aires, así como otros ciudadanos librepensadores, muchos de ellos autores de obras que han enriquecido el acervo literario nacional. Echeverría, residente en Montevideo, había traído de Francia las novedades literarias, y fue pionero del romanticismo francés; otros se ocuparon de publicar poemas, como José Mármol, o ensayos literarios, como el joven Bartolomé Mitre. En Chile se destacaron la pluma vigorosa del joven Sarmiento y la de Vicente Fidel López, un abogado, hijo de Vicente López y Planes, que en esos mismos días era funcionario judicial en Buenos Aires, bajo el gobierno de Rosas.

Nada podía ser más penoso para aquella juventud que el exilio político, de modo tal que se mantuvieron expectantes ante los acontecimientos nacionales, pero la situación no solo era políticamente complicada, sino que había variado en el largo tiempo transcurrido. Los levantamientos sucesivos de Berón de Astrada en Corrientes, que culminaron con su muerte y la destrucción de su ejército; los asedios de la escuadra francesa primero y de la anglofrancesa después, en el Río de la Plata; el levantamiento del general Lavalle, que nos recuerda a los héroes de la mitología antigua por la larga retirada de su ejército, sucesivamente derrotado, cuyas marchas dibujan un sendero de pena, valentía y honor a lo largo de toda la república; el levantamiento del coronel Brizuela y de Marco Avellaneda en las provincias andinas; la desesperada lucha de Lamadrid, que comisionado por Rosas se dirige a su Tucumán natal y allí se transforma en jefe del ejército rebelde; en fin, los sucesivos desastres militares de los levantiscos y el afianzamiento de las fuerzas de Rosas explican, no solamente la firme voluntad de poder del gobernador de Buenos Aires, sino también las sólidas adhesiones populares que su persona y su gobierno despertaron.

La situación política varió cuando el general Urquiza, gobernador de Entre Ríos, provincia que en esos días era la segunda potencia del país, detrás de Buenos Aires, rompió públicamente con el brigadier Rosas, su aliado, se acercó a Corrientes y firmó un tratado con Brasil para atacarlo, lo que se llamó “Pronunciamiento”. Se ha discutido bastante esa conducta, pero el hombre que tuvo esa determinación era el gobernador más prestigioso del interior del país. Su conducta no fue un acto repentino e intempestivo, sino largamente meditado a través de un plan de varios años. Por esa razón había logrado incorporarse en la vecina y valiente provincia de Corrientes mediante la colaboración de un gobernador que era su amigo y aliado y así lo fue después. Pretendía Urquiza organizar el país, como lo disponía el art. 4º del Pacto Federal del 4 de enero de 1831, instrumento político que había reemplazado la inexistente constitución nacional y unía precariamente los intereses de todos. El brigadier Rosas, gobernador de la provincia

⁶Alejandro Dumas, el novelista francés, escribió en esos días una obra que tituló *Montevideo, la nueva Troya*. El general Paz, conjuntamente con San Martín y Roca, fue una de las mayores figuras de técnica militar del siglo XIX nacidos en nuestro país.



Batalla de Caseros




de Buenos Aires, había rechazado en forma permanente todo propósito para redactar, discutir o aprobar cualquier intento de constitución, a la que llamaba despectivamente “el cuadernito”. No era una posición política; por el contrario, ella constituía una profunda convicción personal, que siguió sosteniendo en los años de exilio.

A las fuerzas de Urquiza se agregó la incorporación de los soldados argentinos que sitiaban Montevideo y las propias tropas uruguayas de ambos bandos, de tal modo que se constituyó un ejército cuyo número se aproximaba al del enemigo. Urquiza adoptó como lema “¡Olvido del pasado, fusión de los partidos!”, fórmula conciliadora que reemplazaba la de “¡mueran los salvajes unitarios!”, que regía desde 1835. Con esa política reunió un considerable ejército y cruzó el río Uruguay. El 3 de febrero de 1852 se enfrentaron en la chacra de Diego Caseros, cuyo palomar era emblemático, en una batalla que reunió la mayor cantidad de combatientes de toda la historia argentina y de la América española, con más de cuarenta mil soldados en el campo, entre ambos contendientes. Urquiza enfrentaba a Rosas. No fue ni la más bravía, ni la más sangrienta, ni la más encarnizada batalla, porque salvo un violento tiroteo en los alrededores del palomar allí existente y del duelo de artillería que protagonizó el coronel Chilavert, todo lo demás se limitó a una simple retirada de las tropas de Buenos Aires⁷.

Hubo saqueos en la ciudad de Buenos Aires hechos por soldados de ambos bandos fugados del encuentro bélico, lo que fue reprimido con el fusilamiento de los autores, sorprendidos en actos de pillaje.

Rosas se fugó del campo de batalla, se refugió en casa del ministro inglés, Mister Gore, quien le facilitó su partida esa misma noche. Después de un trasbordo a la fragata *Conflict*, partió a Londres buscando protección (en casa de Palmerston!), el autor material y efectivo de la toma de las Islas Malvinas en su carácter de titular del *Foreign Office*⁸.

Con la batalla de Caseros concluye un periodo de la historia argentina. El país no era muy diferente de aquel cuyos diputados juraron la Independencia en 1816. Aquel acto jurídico llevado a cabo por prominentes patriotas que han merecido la gratitud de la posteridad, realizado en momentos de mayor crisis de nuestra vida pública, sin aliados, sin recursos, sin hombres y con la amenaza española por cumplirse.

En 1852, con los antecedentes de la declaración del Tucumán de 1816 y del Pacto Federal de 1831, libres de obstáculos políticos, aunque sin instituciones, sin dinero, sin recursos, con reducida producción, pero bajo la inspiración de Urquiza, los gobernadores aceptaron deponer sus rencillas y constituir “una nueva y gloriosa nación”, como lo había escrito el inspirado poeta Vicente López y Planes en la canción patria. 

⁷Salvo con los integrantes del batallón del coronel Aquino, que habían asesinado a su jefe y se habían pasado al bando de Rosas. Urquiza había firmado la resolución de fusilar a sus integrantes después de la batalla, lo que cumplió con todo prisionero que encontró de ese batallón.

⁸Juan José Cresto, *Historia de las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Dunken, 2008.